



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

DEL LIKE A LA SANTIDAD

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=IvE2F08rSoQ>

Muy buenos días a todos. Pues lo primero agradecer vuestra invitación, felicitaros por vuestro afán apostólico, por vuestro deseo también de abordar el tema de la comunicación tan importante por la vida de la Iglesia. Y además, también me atrevo a felicitarlos especialmente por el título que habéis puesto a estas reflexiones: "Del like a la santidad". Porque es un título que apunta maneras, como se dice. No sé si se utiliza esa expresión en vuestros países, pero aquí en España se dice "apunta maneras", como diciendo que el título está sugiriendo el hecho de que necesitamos tener un sentido crítico frente a lo que acontece en las redes sociales. El "Del like a la santidad" es muy ambivalente lo que acontece en torno a las redes. Y generalmente, los encuentros sobre comunicación que se ha hecho sobre redes únicamente se ha hablado o se ha subrayado los aspectos positivos, que ciertamente forman parte de esa llamada que nos hizo nuestro Papa emérito Benedicto XVI a evangelizar el sexto continente.

El sexto continente necesita ser evangelizado. Hay muchas personas que habitan en un sexto continente, y en ese sexto continente digital la presencia de la Iglesia, gracias a Dios, yo creo que no ha llegado tarde. A veces se dice que, si la Iglesia llegó tarde a tal proceso histórico, yo creo que no ha llegado tarde la Iglesia a esa presencia digital para poder evangelizar el sexto continente. Y hemos entendido, a ver si soy capaz de compartir con vosotros alguna imagen. Hemos entendido que esa llamada a evangelizar, a echar las redes que nos hace Jesús en el Evangelio también tiene un símil por lo que hace referencia a la evangelización en el sexto continente.

Ahora bien, generalmente en esos encuentros no se tiene en cuenta, únicamente se queda en esa proposición posibilista en todos los aspectos positivos. Pero yo creo que ha llegado el momento en que nuestros encuentros de reflexión pongamos también el acento en que aquí hay problema. Aquí hay un problema bastante serio, porque no únicamente hay que evangelizar los contenidos en esta etapa de nueva evangelización, sino que hay que evangelizar también los medios, los medios se han convertido en algo ambivalente. Y en los medios digitales, las nuevas tecnologías han demostrado ser un buen siervo, pero un malísimo señor. Yo recuerdo haber escuchado esa expresión a un sacerdote jesuita ya fallecido que decía, que las nuevas tecnologías son un buen siervo, pero son un malísimo señor y están generando muchos problemas.

Y supongo que habréis tenido conocimiento de un documental de Netflix que ha tenido mucha trascendencia: "El dilema de las redes sociales". Es un documental todavía reciente, tiene una hora y media de duración aproximadamente. Y en este documental,

a mí me ha impactado hasta qué punto se pone el acento en que detrás de las redes sociales se esconde también determinadas estrategias adictivas, de manera que en este momento creo que hay que subrayar la ambivalencia de las redes sociales, su lugar es un momento en el que ciertamente podemos ante el mundo, podemos y debemos de proclamar la buena nueva, lanzar las redes de Cristo, pero son ambivalentes. Entonces yo creo que tenemos que tener espíritu crítico. Hay paradojas, hay muchas paradojas que se expresan en este medio, por otra parte, también manifiestan grandes necesidades. Yo me atrevería a decir que las carencias que no encuentra el hombre en Cristo, a veces las busca en las redes sociales. Alguien dijo que a veces esa falta, ese vacío que tiene el nombre de Jesucristo pretende buscarlo en las redes sociales.

La imagen que os comparto, viene a decir que se juzga como anacrónico el abrir nuestra conciencia ante un sacerdote y, al tiempo se pierde el sentido del pudor y del ridículo ante las redes sociales. Es una buena paradoja, pero queda el manifiesto. Simplificando mucho, yo creo que hay dos tipos de usuarios de redes sociales: unos son los que pierden seguidores por principios, y luego están los que pierden principios por seguidores. Entonces creo que ambas realidades están presentes. En buscar el like por el like, hay muchas personas que pierden principios por seguidores. Y está obviamente también aquellos que entienden que la presencia en redes sociales, ante todo y, sobre todo, tiene que partir de unos principios. Como aquel famoso episodio de los hermanos Marx: "Estos son mis principios; ¿no te gustan?, ya tengo otros". Obviamente existen estos dos tipos de personas: los que pierden seguidores por principios y los que pierden principios por seguidores.

Y también están los trolls. El troll utiliza las redes sociales al modo del anillo de Sauron, sintiéndose poderoso aunque tan sólo sea incordiando. También existe ese fenómeno de los trolls en redes sociales, que es todo un retrato de lo que acontece en el alma. En el fondo también las redes sociales son como un espejo, un espejo del alma.

Pero yendo un poco a lo que quiero que hoy sea el tema central de mi exposición, yo sobre todo quiero insistir en que las redes sociales se han convertido también en un símbolo del narcisismo. ¿Y cómo acaba Narciso?, nos conocemos la historia: Narciso acabó ahogado en el lago. El Narciso se gusta, pero no se ama. Y en las redes sociales se ven muchas personas que se quieren gustar pero que no se aman a sí mismas. Tienen un problema de falta de autoestima muy fuerte, muy patente, y claro que necesitan dar el salto del like a la santidad. Yo por eso me voy a centrar en este tema después de haber subrayado en esto.

Bien, voy a lo central y creo que el narcisismo es la herida principal de nuestro tiempo, es la herida principal de nuestra cultura. El narcisismo suele tener dos manifestaciones; aunque parezcan contradictorias, son manifestación de una misma herida. En los momentos de euforia, el narciso actual tiene la ridícula pretensión de ocupar en cualquier escenario el puesto de la novia en la boda o el niño en el bautizo. Pero en los momentos de depresión, que cada vez son más frecuentes, nuestro narciso se consuela y hasta se complace en pretender ser el muerto del entierro. El caso es ser protagonista, mendigar un protagonismo o mendigar un like, mendigar una atención. Esto es muy frecuente: considerar siempre como insuficiente lo que uno recibe de los demás, ser un mendigo perpetuamente insatisfecho. Paradójicamente, se busca ansiosamente la relación con los demás como un medio de lamentación victimista:

"Nadie me hace caso", "Todo me toca a mí", "Soy un incomprendido". Pero, aunque la formulación sea muy diferente, sea bajo esa especie de falso optimismo, o sea una especie de sea de subidón o sea de bajonazo, en el fondo se respira por la misma herida afectiva buscando ansiosamente aprecio, reconocimiento, elogio, admiración. Es una herida muy patente en nuestra generación. Me voy a centrar en mi exposición en la sanación, en cómo abordar la sanación de esta herida que tanto hace sufrir a nuestro tiempo.

La afirmación principal que quiero hacer en este momento es la sanación, la afirmación de que el amor de Dios funda nuestra autoestima. El pensamiento popular con frecuencia se considera equivocadamente que el narcisismo es como un exceso de autoestima; no es verdad. Como hemos dicho antes, el autodesprecio no suele ser sino una manifestación más de narcisismo. En realidad, lo opuesto al narcisismo no es el autodesprecio, sino más bien una equilibrada autoestima, lo cual quiere decir que la sanación del narcisismo pasa por una educación en un sano y equilibrado amor a uno mismo. El Evangelio nos habla del olvido de nosotros mismos como condición para seguir a Cristo, pero para poder ejercitar tal cosa es necesario estar fundado en una experiencia vital de que eres importante a los ojos de Dios. Y no olvidemos que la autoestima no proviene de hacer muchas cosas, sino de sentirse amado, de saberse amado. Sin duda alguna, uno de los motivos principales de la falta de autoestima en nuestra cultura es la crisis de la familia unida a la falta de conciencia del amor incondicional que Dios nos tiene, y por ello el anuncio del amor de Dios a cada persona está llamado a ser la columna vertebral de la evangelización del nuevo mundo, de la nueva evangelización.

Recuerdo que, no sé si conocéis en vuestros países los cursillos de cristiandad, pero en los cursillos de cristiandad se repite una expresión a modo de lema: "Jesucristo conmigo, mayoría aplastante". A ver, cada uno de nosotros, sufrimos mucho por la fluctuación de nuestros sentimientos. Tenemos el riesgo de valorarnos según el juicio ajeno: si los demás nos valoran entonces estupendo, si los demás no nos valoran... nos venimos abajo. Es un auténtico drama que nuestro estado de ánimo se parezca a los vaivenes de la bolsa. La respuesta de nuevo la tenemos en la redención llevada a cabo por Jesucristo: el valor del hombre es grande, tan grande como la misma sangre de Cristo. ¿Cuánto vale el hombre? El hombre vale la sangre de Cristo. Cuando nos encontramos ante la tentación de minusvalorarnos o de despreciarnos, es el momento de recordarnos: Dios no hace basura. Y aunque a veces tengamos la tentación de vernos como si "me veo como una porquería", "no me gusto a mí mismo"... Dios ha entregado su vida por cada uno de nosotros, por ti y por mí. Y a veces nosotros nos creemos el centro del universo y al cabo de un rato nos despreciamos, nos sentimos una porquería, sin embargo, Dios ha entregado su vida por ti. Nuestra autoestima no puede depender de que nos hablen bien o nos hablen mal los demás, que nos sonrían o nos miren con recelo. Es indudable que siempre estaremos los comentarios positivos de los demás, que nos alegraremos de nuestros pequeños triunfos o logros, pero la consideración real y última de nuestra vida no puede fundarse en ello, de lo contrario seríamos mendigos de la afectividad en lugar de vocacionados al amor. Y en esto nos jugamos la felicidad. ¿Yo que soy? ¿mendigo de la afectividad? o ¿estoy vocacionado al amor? Cristo crucificado es la medida exacta de lo que cada uno de nosotros valemos para Dios. Y esto no se trata solo de entender en la teoría, sino de interiorizarlo, personalizarlo, haciendo de ello nuestro carnet de identidad.

Sin esta fe sería literalmente imposible la veneración de uno mismo, la entrega a los demás; estaríamos condenados a la esclavitud del narcisismo, a un "yo, mí, me, conmigo". No sé si vosotros conocéis, en mis tiempos de joven existía ahí un juego que se llamaba el yoyó, era una peonza que se lanzaba y recibía, se lanzaba y se recibía, yo creo que este es el drama nuestro, el drama del yoyó, que nos hace sufrir mucho porque nos impide salir de nosotros mismos. El narcisismo, es esa herida que te impide amar a un tu distinto, a salir de ti para amar, en el fondo, en esta vida sólo se sufre por una cosa: por no saber amar.

Entonces yo diría que la primera respuesta a esa herida del narcisismo que tanto nos hace sufrir es ésta: el anuncio del amor de Dios que funda la autoestima. Dios me ama, soy amado, luego existo, con perdón de Descartes. Soy amado y luego existo. Lo que configura mi vida es que he sido amado, soy amado incondicionalmente por Dios.

En segundo lugar, también hay que afirmar que para podernos liberar del narcisismo es muy importante una equilibrada espiritualidad entre la ascética y la mística. Porque esto que he dicho hasta ahora podríamos considerar que es la afirmación mística: Dios me ama incondicionalmente, pero es verdad también que tenemos que integrar en esto la ascética del olvido de ti mismo, y la oblación de tu vida, o sea, el aspecto ascético. Aparte de recibir el anuncio místico de que Dios te ama de esta manera, la ascética es muy importante, que te lleva al olvido de ti mismo. Y tal vez en las últimas décadas no hayamos subrayado suficientemente esto último, porque generalmente solemos funcionar con la ley del péndulo, y quizás en un tiempo hubo una incidencia en la espiritualidad demasiado unilateral hacia los aspectos más voluntaristas, doloristas y luego pues en esa ley del péndulo hemos ido a lo contrario, de hablar después de un misticismo, pero sin ascética.

Los pasajes del Evangelio que se resaltan en la dimensión ascética son muy importantes. Por ejemplo: "El que quiera seguirme, que cargue con su cruz y me siga", "No podéis servir a dos señores", "El que busque su vida la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará". Son pasajes evangélicos muy importantes para romper con el narcisismo obviamente, es decir, el Evangelio nos presenta la negación de uno mismo como indispensable para alcanzar la madurez y para poder abrirse al encuentro con Dios. Me atrevería a decir que la mayoría de los que estamos escuchando esto, seguro que habremos escuchado muchísimas veces la parábola del hijo pródigo, que quizás ha configurado la catequesis que hemos recibido. Se ha subrayado el amor gratuito del padre; estupendo, fenomenal. Pero quizás, fijaros bien, no le hemos prestado suficiente atención a ese amor de Jesucristo que es un amor que se ha expresado en la cruz. Amor se escribe con sangre, es decir, la forma en la que Jesucristo nos ha manifestado su amor ha sido con la entrega sacrificial de su vida. Por lo tanto, yo creo que no es suficiente proclamar el ideal del amor, sino que es necesario para poder sanar el narcisismo entrar en esa escuela del Corazón de Cristo, para no confundir amor con amor propio, para poder dejar de ser un quejica, un egoísta, para encaminarnos al olvido de nosotros mismos. Es decir, que no hay mística sin ascética ni ascética sin mística. Y la cruz de Cristo es el lugar en el que la mística y la ascética se unen, en donde se encuentran. Creo que abrazar la cruz de nuestra vida, es la mejor receta contra el narcisismo, yo creo que la cultura del like es una de las mejores representaciones de ese narcisismo.

En tercer lugar, otra tercera receta para esa sanación del narcisismo. La primera he dicho el anuncio del amor incondicional de Dios: "Soy amado, luego existo". Segunda es el camino de la renuncia, el camino de la cruz, del olvido de nosotros mismos. La tercera receta es la importancia del acompañamiento espiritual, que es la que permite que el idealismo y el realismo vayan de la mano. Porque creo que un narcisista vive de sueños y en realidad no se conoce personalmente y en el acompañamiento espiritual, algo a lo que se nos enseña es la aceptación humilde de la realidad. El narcisista tiende a refugiarse en la utopía o se escuda en la utopía. Es recurrente la pretensión de justificar una actitud descontento y de queja permanente con un falso recurso a los sueños utópicos. Pero el camino del Evangelio nos ha enseñado a aspirar muy alto sin despegar por ello los pies del suelo. Y el cristiano no puede permitirse perder tiempo y energías en quejas y lamentos estériles. La aceptación de la realidad en sentido cristiano no nos impide aspirar a cambiarla; es más, la aceptación de la realidad es un presupuesto indispensable para poder aplicarlos a la transformación de la realidad. Dicho de otra manera: el narcisista quiere cambiarlo todo menos a sí mismo, mientras que el cristiano aspira a cambiarlo todo empezando por uno mismo. Y eso, como os podéis imaginar, es determinante. Por lo tanto, el sacramento de la penitencia, del perdón de los pecados, el acompañamiento espiritual, se nos muestran como especialmente importantes y necesarios para conjugar nuestros ideales con nuestra realidad. Para el idealismo de un corazón joven es importante que no se reduzcan sueños utópicos que concluyen bruscamente al afrontar las responsabilidades de la vida. Y esto es lo que pasó, por ejemplo, en aquel mayo del 68: un idealismo falso, esa generación del mayo del 68, su idealismo se tradujo más en una queja contra un sistema político que en un esfuerzo por la propia renovación. El idealismo cristiano, el máximo de utopía, convive en nosotros con el máximo del realismo. No se trata de huir de la vida cotidiana, sino de vivir lo ordinario de forma extraordinaria. Se trata de abrazar nuestra realidad viendo en ella el ideal que Dios nos permite afrontar en este momento.

Y en cuarto lugar, en cuarto aspecto, recuerdo que frente a la herida del narcisismo, he querido subrayar ciertas propuestas: la propuesta del anuncio del amor incondicional de Cristo, en la cruz de Cristo como escuela de amor. En tercer lugar, el acompañamiento que creo que es clave para superar esa tendencia narcisista. En cuarto lugar, la presencia de Cristo en los pobres, en los que sufren, nos evangeliza, en esa pedagogía evangélica para la sanación del narcisismo y para la educación y para la entrega generosa. Esto es muy importante. Me refiero a la potencialidad sanadora que puede tener en el corazón de los jóvenes la experiencia de acercarnos al sufrimiento del prójimo, pero no en teoría, sino en la práctica de verdad, porque es que a veces, ¿qué ocurre? Es que el narcisista no tiene problemas en sumarse a todas las causas justas en favor de los pobres, el hashtag no sé qué, sí; pero a ver, estoy hablando en concreto, una de las mejores formas de superar este narcisismo que nos lleva a ser víctimas o quejicas, a estar siempre en una continua lamentación, "pobrecito de mí", "nadie me hace caso"... es precisamente para luchar contra esa tendencia: acercarse a conocer a las verdaderas víctimas, es decir, por ejemplo, los ancianos que viven en soledad, enfermos psíquicos que son esquivados, ignorados por la sociedad, usuarios de comedores de emergencia... tantísimas situaciones en los países más pobres. Se trata de una auténtica terapia de choque. Yo me acuerdo, fijaros, que siendo un adolescente en esas crisis que a veces tenemos, recuerdo que mis padres estaban ya un poco hartos de corregirnos y que nosotros no respondiésemos, que nos dijeron: "A ver, vamos a ir el próximo domingo al psiquiátrico". Al psiquiátrico de Mondragón, que aquí un psiquiátrico es muy conocido, y en que hay muchísimos cientos de personas con

trastornos mentales muy potentes, antes le llamaba así el manicomio, y recuerdo que recurrieron a llevarnos a que conociéramos ese mundo de dolor y del sufrimiento, precisamente para hacer con nosotros una terapia de choque, que puede llegar a ser muy efectiva para la sanación de nuestro narcisismo y para la educación en un amor generoso.

En las últimas décadas hemos podido comprobar el gran bien que han recibido tantos jóvenes que han participado en experiencias como campos de trabajo, campos de apoyo o proyectos de misioneros voluntarios en África o en otros lugares. Y es obvio que ya sabemos que se trata siempre de un grupo minoritario de jóvenes, pero su experiencia ha constituido una experiencia fuerte, muy, muy fuerte. Es decir, que ponerse en contacto con el sufrimiento real del mundo es una manera de sanación de nuestro narcisismo, de sacarnos de nuestra burbuja, porque en esa burbuja a veces se sufre mucho inútilmente. Estamos en un constructo que es artificial y sufrimos artificialmente. Bien es verdad que este consejo que estoy dando, al acercarse al mundo del sufrimiento, del dolor, conviene que sea de una manera bien acompañada, adecuada, porque siempre la mera pobreza, el mero sufrimiento, también necesita alguien que te acompañe para poder vivir ese sufrimiento de una manera que tú encuentres en él lo que Dios te está diciendo, para que verdaderamente el encuentro con los sufrientes de este mundo te evangelice.

En definitiva, yo lo que quiero transmitir... existen distintas heridas en nuestro tiempo, pero yo me atrevería a decir que todas ellas, la más obvia es la del narcisismo. Es una herida que caracteriza nuestra época, y hay muchas razones de ser por ello. Yo, por ejemplo, nuestra madre falleció el año pasado con 90 años, y ella había sido hija de un tiempo muy duro en España, de los tiempos de la Guerra Civil en los que se luchó por la supervivencia. Bien, cuando alguien ha luchado por la supervivencia es difícil que sea narcisista. Y ella era hija de una familia de siete hijos; cuando uno tiene siete hijos y lucha por la supervivencia es difícil ser narcisista. Pero nosotros hemos sido hijos de otro tiempo, tiempos en los que la vida, el bienestar social se ha abierto paso, y entonces en esta sociedad del bienestar social es mucho más fácil ser narcisista. La gran crisis de natalidad, el hecho de que alguien no tenga hermanos para compartir la vida, que se sienta en el centro de la vida, el protagonista de la vida; todo ello conforma la vida fácil, el bienestar social, la falta de experiencia de fraternidad con sus hermanos... todo ello conforma un riesgo grande de narcisismo. Alguien dijo, no sé si habéis escuchado esta especie de presentación de cómo de alguna manera se construyen los procesos históricos. Alguien dijo que los tiempos duros, los tiempos difíciles, dan a luz gente fuerte. Esa fue mi madre, yo lo veo: los tiempos difíciles dieron a luz gente fuerte. La gente fuerte suele dar a luz tiempos buenos, tiempos de prosperidad; pero, desgraciadamente, los tiempos de prosperidad dan a luz gente débil. Y la gente débil da luz malos tiempos. Entonces así tenemos que volver a comenzar un poco el ciclo, en el que inevitablemente, para poder sanar este narcisismo, estamos llamados a volver a fortalecernos desde estos tiempos rudos, difíciles, en los que también tenemos que remar en contra de corriente. En este momento, un joven cristiano, para manifestar su fe delante de los demás, requiere remar en contra de corriente, y eso obviamente le fortalecerá, le puede sanar, del peligro del narcisismo.

Esta quiero que sea mi aportación, la aportación de decir: mirad, pasar del like a la santidad es pasar del narcisismo al amor. El narcisismo parece que mendiga amor, quiere amar, pero es todo lo contrario. Lo propio del narcisismo no es amar, es poseer,

es utilizar, es ser un celoso. Hay una gran diferencia entre tener celos y tener celo apostólico; esa "s" entre la diferencia entre el celo y celos es infinita. En esa "s" marca una diferencia, porque los celos, en los celos, el narcisismo, ese sentido de "yo, mi, me, conmigo", "yo todo lo poseo o todo lo utilizo, todo lo manipulo o pretendo ser el centro del universo", etcétera. Los celos, el fondo pues se están buscando a sí mismo, mientras que el celo, el celo apostólico es el que nos lleva a un amor de ágape, a un amor de hasta el olvido de uno mismo. Y, por lo tanto, yo creo que este es el gran dilema que San Agustín en aquella famosa obra de "Ciudad de Dios" él dijo: dos tipos de amores han dado a luz a dos tipos de ciudades. El amor de Dios, el amor a Dios y al prójimo hasta el olvido de uno mismo, o el amor propio hasta el desprecio de Dios y el odio a los hermanos. O sea, es así. Y en el fondo, en esa gran batalla, nosotros tenemos que hacer ese gran salto, ese salto del like a la santidad, que en gran parte yo creo que esa santidad está configurada, por el amor al prójimo, por el celo apostólico. Porque nosotros estamos llamados a trasladar a las redes sociales el testimonio de un corazón enamorado y que nosotros estemos enamorados de Cristo, porque solo los enamorados enamoran. El que está enamorado de Jesucristo no se busca a sí mismo, busca almas para Cristo. Si está enamorada de Jesucristo sufre con lo que le hace sufrir a Cristo, se goza con lo que le hace gozar a Cristo. Pero claro, la búsqueda del like es totalmente incompatible con ese celo apostólico de Jesucristo.

No sé si recordáis un pasaje evangélico en el que el Evangelio de San Juan, cuando Él da el discurso del pan de vida: "El que no come mi carne y no bebe mi sangre no tiene vida". Aquel lenguaje, comenzó a ser bastante duro y entonces empezaron, dice el Evangelio de San Juan, muchos empezaron a abandonarle. Porque es duro este lenguaje para un judío eso de comer la sangre y beber la sangre, Y entonces hay un momento en el que Jesús le dice: "También vosotros queréis marcharos". O sea, les dice: "Si queréis marcharos, tenéis la puerta abierta". Es curioso esa reacción de Jesús, que no se preocupa porque se le escapan los likes, no se preocupa por eso, sino que está afianzando, que Él busca ante todo y sobre todo, buscar el beneplácito del Padre. Dios es mi público. Yo creo que esta es una condición para evangelizar en redes sociales: Dios es mi público. Si uno no vive en presencia de Dios, si uno está condicionado por los ojos de los demás, paradójicamente entonces está sustituyendo esa presencia de Dios por la mirada de los demás. Yo a veces a los jóvenes así en los encuentros de confirmación, etcétera, por intentar un poco, a ayudarles a hacer un acto de presencia de Dios, a veces les he dicho: "Mira, ¿cuál es tu equipo de fútbol favorito?" el Madrid o el Barça. Pues imagínate que estás en el centro del campo de tu equipo favorito, y entonces tú solo estás en medio de un campo, y a tu izquierda está el graderío con decenas de miles de personas que te están mirando y tú sientes, sientes su mirada, de una manera penetrante pesa sobre ti su mirada, y en el otro lado del graderío no hay nadie, está totalmente vacío; o, mejor dicho, sí, hay una persona que es Jesucristo que está también sentado él solo en el otro lado y también te mira. Entonces la pregunta es: en tu vida ¿qué mirada te condiciona más? ¿Qué mirada te condiciona más: la mirada de Jesucristo o la mirada de esos 20.000 espectadores? Porque esto, queramos que no, esto está aconteciendo en el día a día de nuestra existencia, seamos o no conscientes de ello en cada momento, nos sabemos mirados... El hombre siempre actúa ante alguien: puede ser ante su propia conciencia, en la que descubre una presencia, la presencia oculta de Dios en su propia conciencia, o en el fondo está buscando la aprobación de los demás. O, dicho de otra manera, no hay punto intermedio entre buscar la gloria de Dios o la vanagloria. San Ignacio de Loyola dice: el hombre ha sido creado para dar gloria a Dios, Ad Maiorem Dei Gloriam. Cuando el hombre no busca la gloria de Dios, inevitablemente se infiltra en la vanagloria. Incluso

vamos a ser claros: buscando la gloria de Dios se nos infiltra la vanagloria muchas veces, y tenemos que hacer una purificación de la rectitud de intención con la que estamos procediendo, porque uno quiere decir: "Sí, yo quiero servir a Dios, quiero evangelizar", pero se te está infiltrando, así como por debajo de la puerta, se te está infiltrando también tu vanagloria, la estás mezclando, estás mezclando la vanagloria. Pasar del like a la santidad es todo un proceso de sanación de esa tendencia narcisista que solamente se puede hacer con un acto fuerte de vivir en presencia de Dios purificando nuestras razones, los motivos por los cuales actuamos en nuestra vida. Y esto, fijaros bien, permitirme la expresión, no con un método zen de auto concentración, no, sino amando de una manera concreta, encarnada. Porque es que solamente cuando amamos de una manera concreta y encarnada es cuando somos capaces de salir de nosotros mismos hacia los demás. El amor se expresa más en las obras que en las palabras, dice de Ignacio de Loyola. Permitirme de que yo soy el obispo de San Sebastián, donde está Ignacio de Loyola nació; entonces tenemos esa honra en nuestra historia, y por eso también le cito mucho. Dice San Ignacio: el amor se expresa más en las obras que en las palabras. Y es en las obras, en el olvido de uno mismo y en la entrega de amor, donde uno pasa del like a la santidad, pasa de la vanagloria a buscar la gloria de Dios, pasa de mendigar afectividad a amar y amar verdaderamente, bueno, dejo aquí mis reflexiones.